

En la Tierra



como en el Cielo

Madurar es asumir un rol determinado para el resto de la vida y cumplirlo con responsabilidad. No es una hazaña, pero algunos lo hacen por obligación. Y aunque quizás a nadie le importe, también hay quienes maduran por simple curiosidad o porque creen que ya no les queda nada más que hacer. Yo habría podido madurar mañana así como pude haber madurado ayer, pero ahora es demasiado tarde pues no existe un rol formal para un fantasma.

Los dioses son dioses porque tienen la palabra. Herederos de una disciplina reprimida, nacieron ya dispuestos para el arduo entrenamiento tras el cual han llegado a perfeccionar las destrezas que se requieren para conquistarla. Con la misma compasión que puede tener un ser humano por el otro, como se sufre el dolor de un hermano o como se siente la pena del padre, así son escuchados los grandes dioses porque ellos han sido semejantes a los hombres.

El poder de la palabra es fundamental. La palabra nace antes que la mentira y que la verdad; con ella se declara el amor y la guerra; ella precede a la vida y a la muerte. El habla y la palabra no son lo mismo: el habla pronto se desvanece; la palabra es imperecedera; si hierde el habla, la palabra puede ser una eterna queja, pero cuando el habla hace bien, la palabra forma un hermoso coro.

Yo creía que el canto de los dioses era un encanto hasta el día en que cantaron para mí. Como queriendo ver cumplirse algún tipo de presunción aparecieron entonces alardeando de mi inminente muerte y riendo como el de último. Era tan fea su risa que el pundonor me impidió descansar en paz, pues por mí que no se muriera nadie, si hubiera sido justo, con tal de no morir muerto de pena como temí hacerlo yo.

Si estaba flaco e indefenso era por pereza mas no para morir. Como alaridos el eco de las campanas fúnebres en vano me alertó poco antes de que ellos empezaran a descubrir sus ojos ocultos por doquier, pues ya el corazón iba despidiéndose de mí y los signos de la muerte condensándose en mi cabeza. Comprendí al final que no, que los dioses no cantaban por cantar y que habían venido en relámpagos a apagar mi vida.

Fue en ese instante que me solté del espíritu y me puse a brincar como un mono bravo para darle impulso a ese corazón, que noble o no, era lo que apenas me quedaba. Pues si no, estoy casi seguro de que habría palmado de una muerte pura, como si toda mi vida hubiera sido yo un muñeco al que finalmente se le estaba acabando la cuerda, y el mundo, un pequeño espacio que se me cerraba.

Cantaban entonces los porfiados dioses aquel tema de que no había nada más que hacer y ningún lugar adonde ir, sugiriendo que todas sus promesas eran vacuos adornos para sus discursos y que había que aceptar la deshonrosa muerte tal como estaba dispuesta. Pero yo desobedecí, y conforme brincaba y me agitaba cada vez más, por su parte acudían a mí unas fuerzas que nunca antes había sentido y que sin embargo se manifestaban a favor mío.

Yo ya había perdido hasta la dignidad, así es que me sometí a esa extraña imanación de ánimo que irreparablemente me inyectaba rencores ajenos, no obstante, similares al mío. Odio y furia: venganza... fue la clara ecuación que se formuló en el espectro que quedó de mí después de aquel duelo mortal que contuve contra mis dioses. Una revancha sencilla contra una traición caprichosa. Me sentía más fuerte que nunca, dispuesto a emprender eternamente mi venganza: vivir.

Los dioses sacrifican su juventud y luego se huelgan condenando la dicha de los demás. Su gusto se dan ya que disponen de un mundo lleno de goces a los que no se puede renunciar una vez que se ha probado esa gracia que ofrecen sus canciones, y menos si se ignora la pena que se habrá de purgar. Tal como yo que incluso me apropiaba de sus palabras cuando ya más no podía expresar su música.

Este agravio no habría podido llegar a tal extremo más que en un pobre país como el mío. Allá en los cielos está todo controlado y los dioses ni temen que alguien llegue a abusar tanto de sus dones. Pero aquí en la tierra por lo general se vive indolentemente y sin venerarlos, y mientras no atentemos contra su imperio, somos una bárbara tribu que solo aspira a llegar a vivir algún día como en los cielos.

Para extender o consolidar su palabra los dioses ni siquiera habían necesitado presentarse en vivo ante la minoría de fanáticos que les engendraba una región profana. Sus obras eran importadas en estuches de plástico que los fieles conseguíamos en los escasos templos de la ciudad. Pero yo una vez tuve la oportunidad de irme en una excursión a los cielos y entonces me dediqué a extraer las colecciones de mis dioses sin acatar los tributos que costaban.

Pero como buenos dioses que son, tarde o temprano han de advertir cualquier irreverencia hacia sus obras. Por fin han de haber oído el escándalo de mis sacrílegas prácticas y quizás hayan procedido a reunirse con los ministros de los cielos para examinar mi expediente. De tal manera que luego de sumarles mi antigua deuda a los pecados en que estaba incurriendo, posiblemente hayan planeado juntos las torturas tan perversas con que han de haber resuelto castigarme.

En los cielos viven legalmente los que han nacido dentro de sus fronteras y los que de alguna manera han hecho valer su estadía de acuerdo con las pautas que exigen los ministros, o sea, quienes velan por la ley, las arcas y las fuerzas armadas de los cielos. Lo único que distingue a los ciudadanos celestiales de los terrestres es que quizás allá arriba se halle las condiciones más aptas para instruirse y destacarse como ángel.

Ser un ángel es un sueño común, y en los cielos se ofrece clases para todo el que crea tener la virtud, sea cual sea su edad y su sexo. Pero la angelería es una carrera universal para la cual no es indispensable la academia, y todo aquel que alcance y se comprometa con el éxito de la fama puede ser reclutado por los ministros de los cielos y devengar lujosas pensiones por cada misión que obtenga.

Los ángeles se convierten en cualquier cosa, persona, animal o monstruo que se requiera para transmitir los mensajes divinos por medio de los cuales los ministros incitan a vivir como procuran que se viva en los cielos. Hay ángeles muy hábiles, capaces de representar los papeles más diversos e inverosímiles, ángeles muy lindos, cuya fama se impone en cierto momento, y ángeles que se consolidan interpretando a las personas que habrían querido ser en una trama importante.

Los mensajes de los cielos se divulgan instantáneamente sobre la faz de la tierra, donde son absorbidos por las masas que compiten por estrenarlos en las salas de recaudación. De cualquier forma, es muy común crecer viendo las faenas de los ángeles y tarde o temprano todos adquirimos ciertos guiones según los cuales resolvemos muchas de nuestras situaciones cotidianas aunque no nos demos cuenta. Pero aquí en la tierra no tiene ningún valor actuar como los ángeles.

Los dioses que todo lo ven nos previenen de esa aberración hacia la cual estamos propensos a dirigir nuestras vidas. Ni siquiera ellos dictan cómo vivir pues honestamente declaran haber tenido serias dificultades para hacerlo antes de consagrarse como los maestros que graban nuevos ambientes a partir de las sensaciones humanas que han sufrido, de tal manera que para muchos puede resultar un deleite, un consuelo o un sorprendente pasatiempo andar sus propios sentimientos por su música.

El ser humano se distingue por su facultad de decidir, y es libre en tanto sea capaz de asimilar las consecuencias de sus actos. Con el don de los dioses uno puede gozar de una vida plena de sentido y juventud pero se atiene a que toda la riqueza mundana que eventualmente acumule gracias a esas contundentes sugerencias que hay en ellos sea reclamada de la forma y en el momento que les dé la gran gana.

Los dioses no saben nada del amor. Para ellos es solo un artificio que los seres insisten en crear y recrear para salar sus humanas vidas, y lo toleran hasta cierto límite. Más allá, un gran amor que se desarrolle y que trascienda lo consideran un insulto y una excusa más para intervenir. Ni siquiera lo dejan morir con su sueño de amor; eligen una muerte cruel y sola para todo aquel que se pase de vivo.

No es normal que un ser humano decida cómo morir, y los dioses prefieren despojarse de tan infame labor relegándola a las fuerzas de la naturaleza y del azar, pero si ya se sienten aludidos la asumen con un morboso placer. Antes de matar al reo lo humillan espectacularmente: peor que el peor tabú de este mundo, lo presentan más vil que el más vil insecto, de modo que nadie se oponga a las torturas que verá.

Al cabo de varios días de obligarlo a bailar como un títere lo exponen con toda su idiotez, con toda la estupidez que estoicamente se aprende a disimular, y lo difaman cual perro vestido. Si entonces no ha muerto de la pena, hurgan lo más profundo de sus entrañas hasta dar con esa persona hacia la cual osaba el impío exaltar sus emociones y amenazan con ultrajarla si no accede a negar su amor antes de morir.

Después de una muerte inevitable queda un premio de consolación para los mártires que hayan sufrido la implacable furia de los dioses. Por haber superado un temor supremo quedarán las puertas abiertas para aquellos que quieran destacarse como ángeles de los cielos. Pero por más muerto que esté no se le puede negar al ser humano su derecho a decidir, y es comprensible que alguien rechace esta alternativa aferrándose maravillosamente a la tierra y a su naturaleza.

Aunque esta decisión contravenga la voluntad de los ministros, a los dioses les es indiferente, y así como con todas las demás, hay que estar dispuesto a aceptar las consecuencias. Ahora es un fantasma. Las decisiones de un fantasma ya no tienen relevancia, así en la tierra como en el cielo, pero sirven para levitar por aquí o por allá apareciéndose a quien quiera y donde quiera y preservando el recuerdo, que es lo mejor que queda.